

PRESENTACIÓN PARA EL LIBRO “PALABRAS PARA VENEZUELA 2004”

JUAN CARLOS ESCOTET RODRÍGUEZ

Ciudad y paz

De la mano del hombre la ciudad siempre se levantó como una presencia capaz de envolverlo todo, de acompañar y fatigar las más preciosas esperanzas de la vida humana. La esencia de una ciudad es ser imaginada y reinventada a cada momento para provocar el placer colectivo de la cercanía, pero a la vez para conservar la íntima belleza de la soledad. Sin ella, sin sus calles y plazas, fuentes y rincones, sus edificios y pasadizos, las coincidencias entre los seres humanos no se convertirían en citas inevitables, en causales de amor o en encuentros de intercambios y trabajo, de reflexión y paz.

No es difícil entonces que hayan coincidido, por azar y por destino, las ideas de paz y de ciudad en estos encuentros que Banesco propició en Caracas meses atrás, como una manera de hilar las preocupaciones y los logros del mundo con nuestros propios escenarios nacionales. Tenemos la certeza de que si algo conmueve a los venezolanos de hoy ello es la cicatriz de los desencuentros, la misma sequía de convivencia que precede a los grandes períodos de odios en los cuales se ahondan las diferencias entre los hombres. De allí que hayamos recogido en este libro las experiencias, relatadas de viva voz, de dos eminentes premios Nobel de la paz, Mikhail Gorbachev y Oscar Arias.

Para Banesco la paz, como esperanza permanente de la condición humana, es un acto de vida presidido y dominado por la palabra. Sin interlocutores y sin diálogo, el sueño de entenderse y respetarse es inexistente. A la vez, la paz exige el destierro del silencio entre los adversarios. Cuando hubo la decisión de invitar a dos personalidades tan relevantes como Mikhail Gorbachev y Oscar Arias, cuando le solicitamos recordar sus experiencias ante nosotros, la idea que nos rondaba era la de provocar simultáneamente una reflexión en el país sobre dos aspectos esenciales y dramáticos de la vida contemporánea: la naturaleza de los conflictos y las formas de sepultarlos.

A Gorbachev lo apuró la historia para que sentenciara y enterrara para siempre uno de los conflictos más perversos y sórdidos de la historia: la guerra fría. La ambigüedad de estas dos palabras iba más allá de servir de identidad a algo que no era una guerra formal, sino un fenómeno que encerraba y provocaba múltiples y simultáneos conflictos en todo el orbe, a la vez que encendía pasiones y revoluciones a lo largo de los países de la periferia del mundo desarrollado. Estados Unidos y la Unión Soviética eran los dos grandes protagonistas de esta pesadilla.

En verdad, era una guerra enmascarada, que ocultaba su rostro y sus fines, que vindicaba por un lado la libertad y la democracia, y por el otro la igualdad y la justicia social, pero que sin embargo no era otra cosa que el vano propósito de apropiarse del poder mundial. Enterrar esa codicia, admitir que lograr ese poder era un propósito descabellado y que la paz no era un precio ni una excepción ni un delirio, sino una muestra de tolerancia y comprensión, de serenidad y sabiduría, fue la lección magistral que Mikhail Gorbachev le entregó a la historia y a su tiempo.

Por su parte, al ex presidente de Costa Rica, Oscar Arias, las manifestaciones de la guerra se le hicieron realidades vertiginosas y crueles en las selvas, en los ríos y en las montañas de Centroamérica. El hambre, la miseria y el abandono histórico y económico de los pueblos tornaron en penitencia permanente la vida cotidiana. A menudo la muerte se convertía en un privilegio, tal era, en cuerpo y alma, el deterioro de la existencia. Las palabras fueron exterminadas por la violencia y la gente erraba entre sombras con la ilusión de no ser vistos jamás por sus enemigos.

Sobre ese infierno, sobre esas ruinas y miserias humanas, contra esos fuegos y odios, Oscar Arias esgrimió la paz, y lo hizo de tal manera y con tanto ímpetu que la violencia no sólo se detuvo sino que inició un retroceso rotundo y definitivo, ejemplar como nunca para otros pueblos. Enfrentamientos que se creían definitivos e inextinguibles, estallidos de sangre y de venganza heredados de padres a hijos, rebeliones y tiranías que giraban incesantes sobre sí mismas, se apaciguaron días tras días, entre lluvias y veranos.

También en América Central, como en otras regiones del Caribe y del Sur, proliferaron en las décadas de los 70 y 80, los lugares convertidos en centros de torturas, en campos de desapariciones forzadas, en cárceles clandestinas. Oscar Arias sabía que la violencia no sólo se expresaba en las ciudades y los campos sino que marchaba en el corazón de los hombres, entre memorias y resentimientos, como un río crecido que atraviesa impetuoso ese país extraño que son los sentimientos de los seres humanos.

Arias, con la habilidad y paciencia de un relojero del medioevo, fue desmontando cada señal de violencia, cada grito de dolor, cada una de las emboscadas de odio que la guerra había montado por doquier, caminando entre los lutos y los sepulcros, entre los lisiados y los sobrevivientes, entre la tierra arrasada y los campos enmudecidos. A Oscar Arias lo vieron como un ser irreal, como una contradicción de la historia, como un ser extraviado. Y sin embargo, con su acción y voluntad fue doblendo un destino feroz que se creía inalterable.

Pocos años después, a Centroamérica se le tomaba en las Naciones Unidas como ejemplo a seguir en los nuevos procesos de mediación y de paz, de reencuentro y unificación de vidas y pueblos, de proscripción de la guerra como presencia insensata y destructora de la convivencia. La comunidad internacional no pudo más que reconocerle su aporte y su entrega personal a Oscar Arias.

Ciudad Banesco, como un espacio de conciliación y de intercambio entre los seres humanos, no podía abrir sus puertas e iniciar su vida entre los venezolanos, sin que ello ocurriera de la mano de estos dos caballeros de la paz, Mikhail Gorbachev y Oscar Arias. Bienvenidos sean para siempre

Juan Carlos Escotet Rodríguez

Presidente de Banesco